



SE COME DE P.. MADRE,
EN ASTURIAS

Una aventura del cabo Heredia

Ernesto Viarde

SE COME DE P... MADRE,
EN ASTURIAS

Una aventura del cabo Heredia



Primera edición: abril de 2021
Segunda edición: abril de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Ernesto Viarde

ISBN: 978-84-18663-38-3
ISBN digital: 978-84-18663-39-0
Depósito legal: : M-8823-2021

Editorial Adarve
C/ Ros de Olano, 5
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Todas las ilustraciones son de Ernesto Viarde excepto:
Embalse de Alfilorios (vista desde el Norte), por Joan Lardín,
ilustraciones caps. 11 y 16 por Joan Lardín y E. Viarde,
Ilustración cap. 1 por Emma Cervantes y E. Viarde
e ilustración cap. 5 por Isidore Constant y E. Viarde.
Diseño de Sultán: Emma Cervantes.

NOTA DEL AUTOR

Existe una anécdota, creo que atribuida a Borges, según la cual un estudiante vino a pedirle una recomendación para una ayuda con objeto de viajar a Nueva York para documentarse en relación con algo que estaba escribiendo. El escritor le preguntó: «¿Se trata de un trabajo periodístico, joven?». El estudiante le contestó: «No, señor, estoy escribiendo una novela». «Entonces no le hace ninguna falta ir a Nueva York, ¡imagínese!», le contestó el escritor.

Asturias, en la que se ubica esta novela, es, exceptuando Extremadura, la zona de España que menos he visitado en toda mi vida. Apenas habré pasado en esa comunidad autónoma tres o cuatro días, yo diría que ninguna noche, y además hace bastante tiempo de ello (mi único recuerdo son unos cangrejos de río muy ricos que comí en un bar de Gijón, en el casco viejo). Digo esto porque muchas de las ubicaciones mencionadas y descritas en esta novela existen. ¿Son así realmente? Supongo que no. Las he imaginado, haciendo honor a Borges o a quienquiera que fuera el protagonista de la anécdota citada. Aclarado esto, espero que nadie se moleste porque haya descrito su bar, su barrio, su pueblo, su ciudad o su embalse de una manera irreconocible para él.

E.V.

Personajes principales (por orden de aparición)

Florentino Pástez: constructor.

Julián Fernández: secretario del anterior.

José Juan Benítez Heredia,
«el cabo Heredia»: guardia civil en Cornejas del Astur.

Teófilo Parra: profesor de Economía en la Universidad de Oviedo.

Asterix Rosales: motero y mecánico de motos.

Hipólito Gorgorovitch **«el Poli»:** quinquí en Gijón.

Isma Gandarias: Teniente de la Guardia Civil en Oviedo.

Principales personajes secundarios (por orden de aparición)

Iván Requejo: guardia civil en Cornejas del Astur.

Ovidio Fuego: peluquero de mascotas en Gijón.

Laura Bonilla: ecologista; *miembra* de la CUP.

Amancio Berguillos: habitante de las Casas de Barrea.

Genaro Rabadán: operario de excavadora en Alfilorios.

Ruperto Brito: capataz de obra en Alfilorios.

D. Sánchez Balbuena: misterioso personaje.

Gonzalo Baivén: policía nacional de Valladolid.

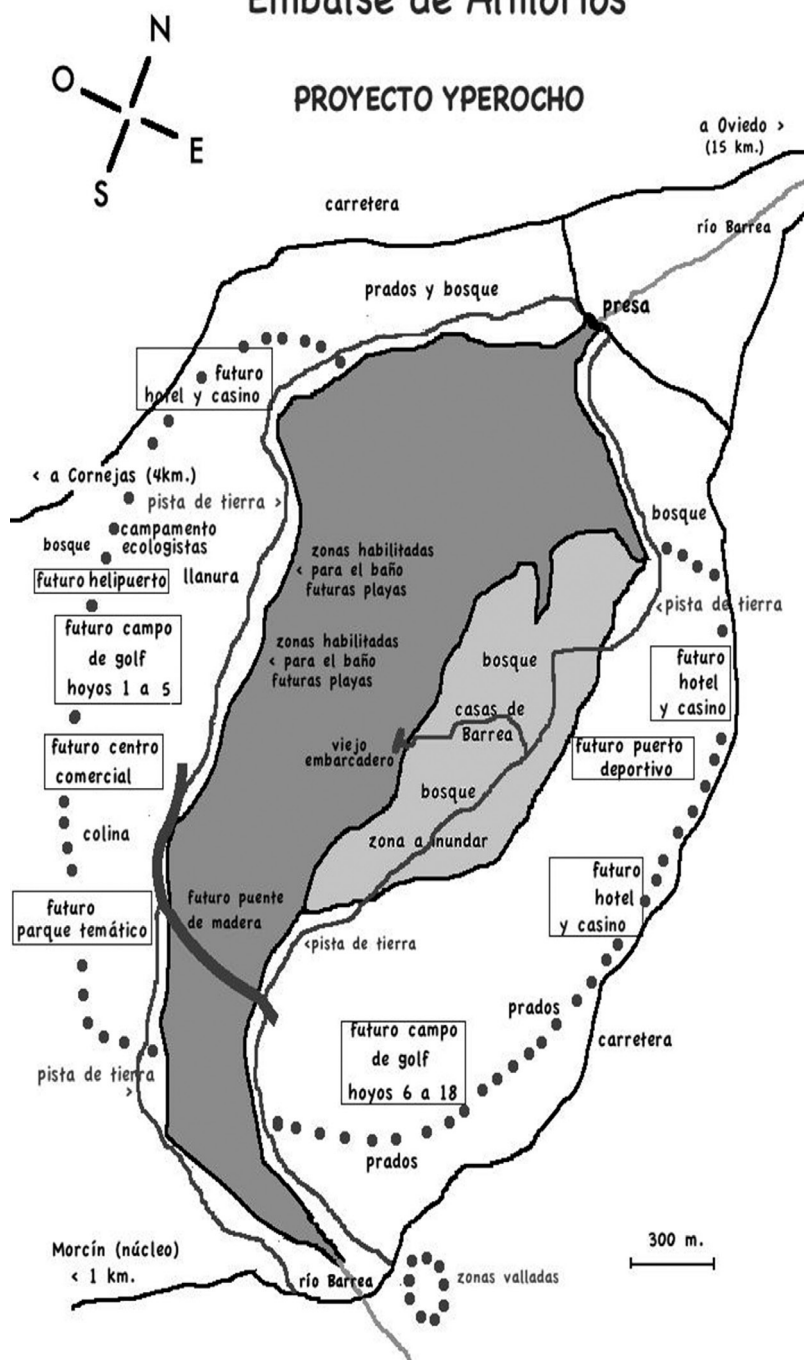
Demetrio Subises: general jubilado de la guardia Civil en Madrid.

Sebastián Díaz Agüero: coronel de la Guardia Civil en Oviedo.

Petunia de Loyola: esposa de don Florentino Pástez.

Embalse de Alfilorios

PROYECTO YPEROCHO





Embalse de Los Alfifloros (vista desde el Norte)

Ilustración: Juan Lardín

Capítulo 1

*De un maravilloso proyecto. Un fiel esbirro.
Una inyección económica. Una discreta presencia.
Una gota. Un comparsa. Un dedo extendido.
Un duque.*

*Sábado, 16 de noviembre de 2019 – 11.53 h.
Embalse de Alfилorios, Morcín, Asturias*

Don Florentino Pástez, desde lo más alto de una colina que dominaba el extraordinario entorno, paseó una vez más su mirada acerada por las tranquilas aguas del embalse de Alfилorios y, a continuación, por la verde llanura que se extendía a su izquierda, dando una calada profunda a su habano Cohiba Talismán. Aún se veía algo de nieve ya que el día anterior había sido el más frío del año hasta el momento en buena parte de España y las escasas precipitaciones caídas habían terminado por cuajar; pero las bajas temperaturas no podían de ninguna manera aplacar la euforia del constructor. Por fin se habían superado los últimos obstáculos para construir en aquella zona un gran complejo turístico de ocio, juego y diversión. Un complejo que Construcciones Pástex, evidentemente, se iba a encargar de levantar.

—¿Qué te parece, Sultán? —preguntó satisfecho—. Vamos a pasar aquí unas semanitas a cuerpo de rey —y le dio unas cuantas palmadas en el lomo a su reciente adquisición: un perro lobo, todavía cachorro pero considerablemente grande para tener solo ocho

meses, con un pedigrí más extenso que el de cualquier miembro de las casas reales europeas. Sultán dirigió a su dueño una mirada neutra que el constructor interpretó como una aquiescencia entusiástica.

Porque se daba el caso de que don Florentino, que había sufrido un par de meses antes un amago de angina de pecho, se había autorrecetado reposo durante una temporada. El hecho de que el susto que se había llevado hubiese coincidido con el inicio de las obras del nuevo proyecto de ocio había sido considerado por el constructor como una señal que no debía ser ignorada. Había dejado al mando de la empresa en Madrid a uno de sus más capaces y fieles esbirros, un sobrino por parte de hermana mayor, con la orden de no importunarlo más que en casos en que la solución del eventual problema representara una cantidad mínima de una decena de millones de euros arriba o abajo, y se había trasladado a su casa de verano de Cimadevilla, en Gijón, donde pensaba pasar los próximos meses controlando a corta distancia el nuevo proyecto, prudentemente alejado de su mujer, que no salía jamás de Madrid, disfrutando al mismo tiempo de la buena gastronomía del norte de España, de la calma que se asocia con el temperamento de los asturianos y de unos paisajes extraordinariamente salvajes que... iban a dejar de serlo pronto, al menos en parte, je, je... justo cuando se iniciase el lunes la construcción del enorme complejo. Un complejo que ya tenía nombre propio: *Yperocho*, y que otra sociedad anónima participada en un 99% por Pástex se iba a encargar de administrar.

Don Florentino sonrió bajo su *Arcteryx Therme Parka* de color azul cobalto. No había sido fácil convencer a todas las partes interesadas de la «necesidad» para Asturias de ubicar en aquel lugar tres enormes hoteles, con un casino cada uno, un parque temático, una zona comercial, un campo de golf de dieciocho hoyos y una marina con su correspondiente puerto deportivo, aprovechando el bonito embalse de Alfilorios, que habría que ampliar en parte, inundando una extensa zona hasta ahora al aire, y ello a pesar de

que al exponer su proyecto a los políticos locales no había encontrado férreas resistencias. Al fin y al cabo, la mitad más o menos de los que mandaban por allí era de los suyos, y los que no no habían sido demasiado difíciles de convencer. Había salido algo caro, claro, pero había valido la pena. Lo compensaba ampliamente el hecho de que el Principado había aprobado casi unánimemente una nueva norma llamada Ley Asturiana de Grandes Instalaciones de Ocio (LAGIO), previendo tipos tributarios reducidos y descuentos en las tasas de juego para grandes proyectos de inversión, je, je...

Hubo muchos argumentos en contra del proyecto, por supuesto, aunque tal vez menos de los previstos; la constructora había temido sobre todo la reacción de la gente de Oviedo o de Gijón, que seguramente no iba a ver con buenos ojos la destrucción de unas mil hectáreas de bosque y prados en su no demasiado extensa provincia. Sin embargo, la promesa de dar empleo a 2.000 personas de la zona en la fase de construcción y a otras 10.000, directa o indirectamente, a partir del segundo año de funcionamiento de *Yperocho*, había puesto a los pequeños pueblos vecinos a favor y había contribuido a apaciguar los ánimos de los habitantes de una región castigada por el paro. Los ecologistas, era inevitable, habían protestado vehementemente; pero esto era algo con lo que había que contar desde un principio. En cualquier caso, la promesa de una inyección económica en la comarca había puesto en general a los asturianos bastante a favor del megaproyecto.

Una obra, claro, que no sería la única a realizar. Sería imprescindible abrir una autovía de unos 35 kilómetros hasta Oviedo para facilitar el acceso al complejo. A todo ello ya le había dado el visto bueno la administración local y don Florentino contaba también con la adjudicación del contrato para una filial de su compañía Construcciones Pástex. Y dado que el recorrido era muy sinuoso y atravesaba zonas montañosas, se habían previsto hasta seis túneles que iban a contribuir a encarecer bastante una obra cuya necesidad requeriría una rapidez de ejecución que

también incrementaría considerablemente el tímido presupuesto aprobado.

Don Florentino hizo una mueca que sus allegados hubieran reconocido como una expresión de profunda complacencia. Dirigió su mirada a continuación hacia el lugar en el que se había de instalar el helipuerto, necesario para trasladar a los grandes hombres de negocios desde el Aeropuerto de Asturias hasta que estuviesen finalizadas las obras de la autovía y probablemente también después. Era una planicie, salpicada por algunos árboles, a unos doscientos metros de la zona inundada, en la que le pareció atisbar bastante movimiento.

Junto a don Florentino se hallaba en aquel momento Julián Fernández Castro, su fiel secretario, sonriendo también, aunque algo amargamente. Julián era la sombra de su jefe desde hacía diez años ya y el constructor estaba tan acostumbrado a su discreta presencia que en ocasiones como aquella, en que se extasiaba contemplando terrenos vírgenes explotables, incluso se olvidaba de que estaba junto a él. Por ello, la voz procedente de su lado izquierdo (a Sul-tán lo tenía a la derecha) le sorprendió gratamente.

—Un hermoso proyecto, don Florentino, muy hermoso...

—Lo es, lo es, Julián —dijo don Florentino una vez ubicó correctamente el origen de aquella voz—, aunque no deja de ser uno más de los muchos que nos han hecho multimillonarios.

Julián miró esquivamente a su patrón. «Multimillonario te habrás hecho tú, cabrón, a mí me han tocado apenas unas migajas del pastel», pensó. Puede extrañar al lector esta reflexión del probo Julián Fernández, el cual estaba bastante mejor pagado, de hecho, que la mayoría de secretarios particulares de cualquier importante hombre de empresa; pero es cierto que pocos tenían que soportar a un don Florentino para el cual la vida privada de sus subordinados simplemente no existía. El constructor podía requerir a su asistente a cualquier hora del día y por cualquier nimio motivo, cosa que Julián empezaba a pensar que en su caso ocurría con demasiada frecuencia. De hecho, el viaje a tierras asturianas apenas

había sido preparado; un día antes de emprenderlo le había dicho don Florentino a su secretario: «Mañana nos vamos a Asturias, Julián, a las siete de la mañana estás en Barajas con la maleta preparada. Resérvate una habitación en Oviedo o en Gijón, donde prefieras». Julián Fernández había acudido al día siguiente puntualmente al aeropuerto donde aguardaba ya el jet privado del constructor calentando sus motores. Don Florentino llegó hora y media más tarde sin dar, por supuesto, ninguna explicación ni emitir la más mínima disculpa.

Tampoco es que Julián fuera un hombre con obligaciones familiares o de cualquier tipo que pudieran atarlo a Madrid; vivía solo desde casi siempre y no se le conocía mayor parentesco que una anciana tía que residía en Pontevedra. Hijo único, sus padres habían fallecido a temprana edad y su carácter introvertido lo había llevado a tener una vida social casi nula; don Florentino no ignoraba nada de lo anterior, ya que previamente a ascenderlo a secretario personal suyo una década antes (Julián por aquel entonces ya trabajaba en la empresa, en el departamento de subcontratas) había querido informarse bien acerca de los posibles candidatos y Julián, de entre todos los empleados de Pástex que optaron al puesto, le había parecido el que mejor podía ser gobernado y llevado de un lugar a otro como un perro fiel, que de hecho era lo que había ocurrido hasta entonces. Mira por donde ahora don Florentino tenía dos perros fieles... o eso creía, al menos, porque todo en esta vida tiene un límite, hasta para los perros fieles, y Julián Fernández, que había recibido el nombramiento de secretario personal del constructor cual galones de coronel del ejército, se estaba empezando a cansar de que don Florentino lo tratase con aquel semidesprecio con el que el constructor trataba al 99,9% de los seres vivientes que tenían la oportunidad de aproximarsele.

La gota que había colmado el vaso de la paciencia del secretario había sido la adquisición de Sultán. Más que la compra en sí, el hecho de que aquel perro, que Julián odiaba ya con todas sus fuerzas, se había apropiado del papel de confidente del cons-

structor que él había asumido con tanto orgullo hasta entonces. El verse equiparado a un chuchó había hundido su amor propio. Los frecuentes comentarios sarcásticos y las pequeñas anécdotas no le estaban destinados desde que don Florentino disfrutaba de su nueva mascota. El constructor, para escarnio de su empleado, llevaba casi cada día al perro al edificio de Construcciones Pástex en el Paseo de la Castellana, lo introducía en su despacho dejándolo pasar primero y de él solo lo dejaba salir para que Julián lo bajase a la calle a mear y a corretear un ratito a las once de la mañana. Hacía unos cinco meses ya que Julián había pasado a ser un mero comparsa, un lacayo de Sultán. Este, por horrible que fuera admitirlo, era ahora el asistente del comandante y gozaba de todos los honores adyacentes al cargo.

—Mire, don Florentino, parece que allí hay unos chicos que quieren acampar —dijo el secretario con cierta satisfacción encubierta en su voz ya que sabía que aquello iba a contrariar profundamente a su jefe.

Don Florentino miró sorprendido hacia donde le indicaba el dedo extendido de Julián. Efectivamente, en la zona en la que debía ser instalado el helipuerto, donde antes había apreciado cierto movimiento, daba la impresión de que había alguien montando unas tiendas de campaña y... ¡en una zona vallada y de acceso prohibido desde quince días antes! ¡Vallado sobre vallado, además, ya que ante la construcción del complejo se había delimitado una amplia zona que rodeaba el pantano en sus tres cuartas partes y aquella gente se estaba instalando donde debía descargarse la maquinaria y el material de construcción a partir del día siguiente!

Don Florentino, inquieto, le hizo una seña a su secretario.

—Acércate y averigua qué pasa, Julián.

Julián Fernández, como de costumbre, no necesitó que su jefe le repitiera la orden. Se puso en camino hacia la zona ilegalmente ocupada siguiendo un sendero que rodeaba el pantano. El constructor permaneció impasible junto a su perro, contemplando el

terreno que se extendía ante él como debió de hacerlo el Duque de Wellington frente a Waterloo, antes de la famosa batalla; don Florentino no se mezclaba así como así con gente de mal vivir.

Media hora más tarde, don Florentino estaba lanzando una pelota de goma a Sultán, que corría encantado detrás de ella una y otra vez. El constructor, al que un comportamiento tan absurdo como aquel de repetir una y otra vez la misma tontería hubiera puesto nervioso tratándose de un humano, no cabía en sí de gozo viendo como su mascota disfrutaba de lo lindo sobre el verde prado asturiano. Al cabo de dos o tres lanzamientos más, don Florentino vio que Julián se acercaba a su espalda una vez cumplimentada su misión.

—¿Y bien? —preguntó.

—Como nos temíamos, don Florentino —dijo el secretario—. Los chicos esos han ocupado el terreno. Anteayer montaron las primeras tiendas y ahora están llegando más con la intención evidente de entorpecer las obras.

—Era previsible. ¿Se sabe si son de Greenpeace, o de qué son?

—Me temo que se trata de ecologistas de Save the Planet, que vienen de diferentes países, y de gente local... de la CUP, don Florentino.

—¿La CUP?

—Sí. La Candidatura Única del Pueblo, que...

—¡Sé quiénes son! ¡Sé quiénes son! —casi gritó don Florentino—. Me las tuve que ver con ellos hace tres años¹. ¡Creía que estaban completamente fuera de juego!

Julián Fernández hizo una mueca con objeto de disimular la sonrisa que tuvo que amagar.

—Es cierto, don Florentino, lo estaban —dijo el secretario, evitando mirar a la cara a su jefe—; pero el caso es que están resur-

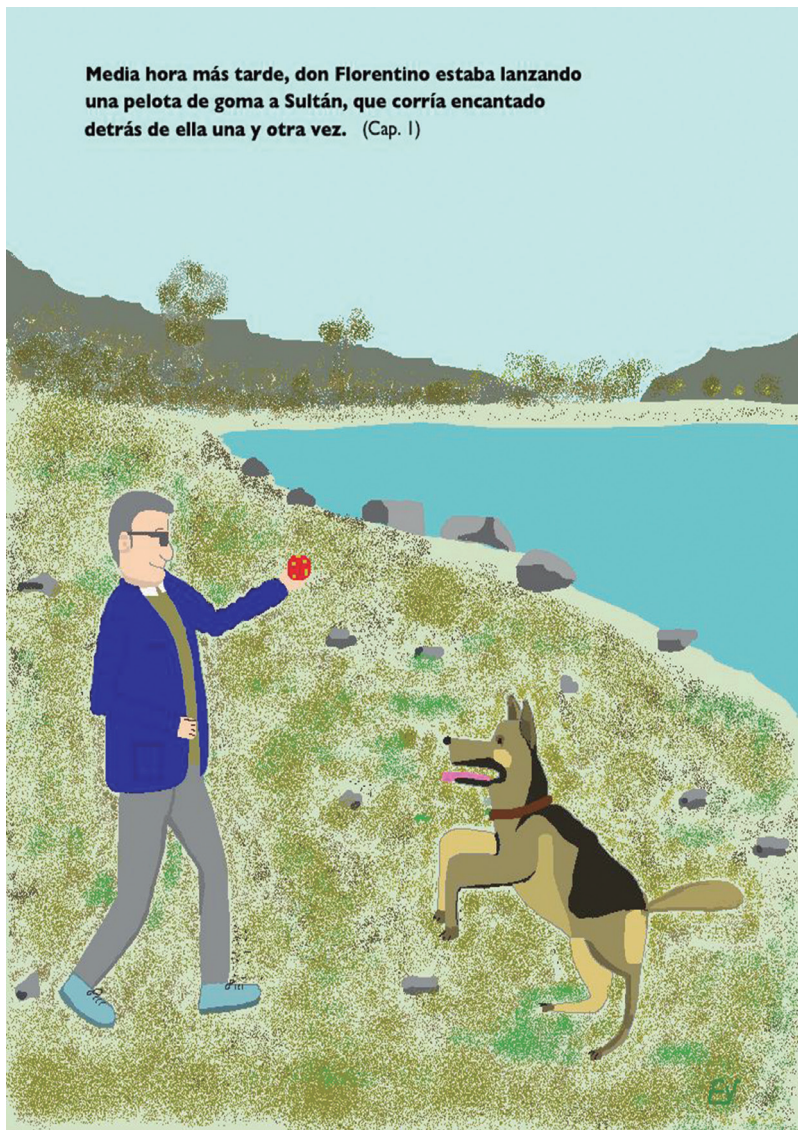
¹ Véase: «La llamaremos Lina». Aquí y en adelante habrá algunas referencias a anteriores aventuras del cabo Heredia. La citada, «Un cabo suelto» y «Operación Pitbull». No es necesario conocerlas para la comprensión de esta novela.

giendo con fuerza. A estas últimas elecciones no se presentaron en solitario, pero su formación consiguió tres escaños. Extrapolando estos res...

—¡No me extrapoles, nada, Julián, coño! ¡Hazme el favor de volver allí y de decirles que están en zona prohibida y que si no han desaparecido mañana a primera hora les enviaremos a la Guardia Civil! ¡Las obras tienen que empezar imperativamente esta semana! Yo voy yendo hacia Cornejas y te envío de nuevo el coche para que te recoja. ¡Quedamos en la tasca!

—A sus órdenes, don Florentino, a sus órdenes —murmuró Julián Fernández.

Media hora más tarde, don Florentino estaba lanzando una pelota de goma a Sultán, que corría encantado detrás de ella una y otra vez. (Cap. I)



Capítulo 2

De una tasca con encanto. Un deficiente visual.

Una tapa de callos. Una disyuntiva.

Un pito. Una mala leche tremenda.

Un grupo de descerebrados. Un pulgar.

Sábado, 16 de noviembre de 2019 – 12.38 h.

Cornejas del Astur, Asturias

Un cuarto de hora más tarde, don Florentino descendió de su Mercedes-Benz Clase E E 350 Berlina, en la Calle Mayor de Cornejas del Astur, tras haber dado orden a Benito Díaz, su chófer, de regresar al embalse para recoger a Julián Fernández. Recorrió un par de decenas de metros hasta llegar a la Tasca del Anselmo. Se ajustó sus gafas de sol y entró en el local con decisión. La Carmen, la mujer del Anselmo, que estaba tras la barra, le salió al paso.

—Lo siento, señor —dijo—. Aquí no admitimos perros.

Don Florentino, mirando hacia el techo y agitando la mano izquierda de arriba abajo como si buscara alguna cosa suspendida en el aire, puso cara de tristeza.

—Es un perro guía —dijo—. No veo bien.

La Carmen miró con desconfianza a Sultán que le devolvió la mirada, además de un gruñido de pocos amigos.

—Tenemos mesas fuera —dijo.

—No las he visto... como usted comprenderá. Además hace frío, fuera.

—Podía haberle puesto bozal, al menos, al perro —dijo la Carmen.

—No muerde —dijo don Florentino, mientras Sultán enseñaba a la dueña sus afilados dientes. Esta dudó.

—Está bien —dijo al fin—, pero póngase en una esquina, que no quiero líos. Y como el perro se mee los voy a poner en la calle a los dos. ¿Qué desea tomar?

—Una sidra. Y unas olivas, por favor.

Don Florentino, sonriente, guio a su perro guía hasta una mesa que estaba algo apartada, justo al lado de una ventana desde la cual se dominaba buena parte de la calle principal de Cornejas. Uno de los edificios que se veían desde allí era el cuartelillo de la Guardia Civil. Don Florentino no ignoraba que uno de los guardias que estaban destinados en aquel pueblo (uno de los dos, solo había dos) era nada más y nada menos que el cabo Heredia, el famoso cabo Heredia que había saboteado en Suiza uno de los proyectos más secretos y ambiciosos de su club, provocando en el seno del mismo una gran debacle financiera de la que les había costado a los suyos salir enormes esfuerzos económicos. También se las había visto con el cabo durante el asunto de la Universidad de Oviedo, aunque en este caso el cabo tenía que haber contribuido a solucionar el problema, cosa que no había sido así por culpa del incompetente de Teófilo Parra. Todo acabó medianamente bien, entonces, al igual que a finales de 2017 y principios de 2018, cuando el Club Bilderberg se empeñó en poner a prueba al cabo Heredia para convertirlo en germen de un ejército de guardias de seguridad privados. ¡Qué idea tan absurda! La intervención de don Florentino y las meteduras de pata habituales de Teófilo Parra habían contribuido a que el club se olvidase del tema definitivamente.

En aquel preciso momento, el constructor vio salir del cuartelillo a los dos guardias. Uno de ellos era el cabo Heredia, en efecto, andando muy tieso, el otro era un jovencillo al que se veía muy contento de compartir su vida con un guardia como el cabo, que

había adquirido cierta notoriedad como consecuencia de los hechos ocurridos unos años antes en Gstaad. Se dirigían ambos resueltamente a la tasca, sin duda era la hora del aperitivo. Entraron en el local y fueron directos a sentarse en unos taburetes junto a la barra. Pidieron unas consumiciones. La Carmen les sirvió al cabo de poco una sidra y una caña, acompañadas por lo que parecía ser una generosa tapa de callos con garbanzos.

Don Florentino aguardó a que los guardias civiles acabasen su consumición y llamó con un gesto a la Carmen, que se acercó hasta su mesa.

—¿Ve usted al guardia civil aquel que está en la barra, señora? —preguntó.

—Sí... Sí que lo veo, lo que me extraña es que lo vea usted.

—¡Oh! Tengo una deficiencia visual, sabe, pero distingo bien los colores y veo que allí hay una pareja de guardias civiles, el color de la Benemérita es inconfundible, je, je... ¿Le puede decir al más alto que venga a hablar conmigo un momento, por favor?, y... espere... tenga —dijo don Florentino, dándole un billete de diez euros a la mujer—, sírvanos una sidra más y otra caña. Porque ha tomado una caña, ¿no?, el guardia.

—También distingue usted el color de las cañas, por lo que veo. Sí, ha tomado una caña.

—Puede guardarse el cambio —dijo don Florentino, con una sonrisilla irónica.

Al cabo de un par de minutos, el cabo Heredia se aproximó al lugar donde estaba sentado el constructor. Se inclinó hacia él.

—¿Quería usted verme? —preguntó—. ¡Oh! ¡Perdone! Había olvidado que me ha dicho la Carmen que solo ve usted lo que le conviene.

—¡Es muy graciosa, la camarera! Veo perfectamente, no se preocupe. ¡Siéntese!

El cabo Heredia se sentó. La Carmen sirvió casi enseguida las consumiciones.

—Esta caña es para usted —dijo don Florentino, señalando con el dedo.

—¡Oh! Ya tomé una ahí en la barra, y estoy de servicio; pero gracias de todos modos.

—¿Sabe usted quién soy, joven? —preguntó don Florentino quitándose las gafas negras.

El cabo Heredia observó atentamente al caballero que tenía delante.

—Tal vez me suena su cara, sí... pero no sabría decirle, no.

Don Florentino suspiró. La juventud estaba perdiendo sus referencias. En fin.

—Da igual, no tiene importancia. Digamos que soy... Florentino Pástez, uno de los responsables de la obra que va a iniciarse esta semana en Alfilorios. Eso sí sabe de qué va, supongo.

—¡Claro, claro! Un complejo enorme. Una obra colosal para la comarca.

—¿Está usted a favor o en contra de este proyecto? —quiso saber don Florentino, no sin un mínimo interés. Un tipo como el cabo podía ser peligroso; podía ser peligroso incluso si estuviera a favor, de hecho, pero mejor saber a qué atenerse. El cabo Heredia pareció dudar ante la disyuntiva que se le había planteado.

—Bien... —dijo al fin—, es una pena que haya que destruir tanto campo, esto es muy bonito, pero va a dar trabajo a mucha gente y por aquí hay mucho paro.

A don Florentino, en el fondo, le importaba un rábano la opinión del cabo Heredia acerca de *Yperocho*; lo que le interesaba realmente era tener la oportunidad por fin de ver de cerca y de hablar con aquel hombre que tantos quebraderos de cabeza y noches de insomnio le había provocado. Al tenerlo delante no sabía qué pensar. Parecía un buen chaval, algo tonto y con ideas nobles (esto ya lo sabía, de lo contrario los del Club Bilderberg no lo hubieran seleccionado como candidato cuando la Operación Pitbull), pero por otra parte algo en el cabo le preocupaba, no sabía lo que era... O tal vez sí: el hecho de que aquel hombre fuera a estar tan cerca

del nuevo complejo. Ya le había agüado a su club un gran proyecto y no era cuestión de que fastidiase también este. Tanto el constructor como sus socios estaban muy interesados en él.

—Y supongo que ya sabe que ha habido una invasión de los terrenos vallados. ¿Cómo piensa actuar para desalojar a los ocupantes? —preguntó don Florentino—. Porque se encargará usted, supongo, de desalojarlos. Esta es su zona.

—¡Huy! ¿Ha habido una invasión? Ecologistas, supongo. No tenía ni idea. Y de cualquier manera será complicado —dijo el cabo Heredia. Y, tras pensar casi un minuto y beber un buen trago de cerveza, añadió—: Primero hay que pedirles amablemente que se vayan y darles un plazo para que recojan todo. Luego, si no han hecho caso, que creo que es lo que pasa siempre, habrá que dar parte a nuestros superiores en Oviedo, que decidirán si envían una unidad antidisturbios. Nuevo aviso luego para que despejen la zona y, después de cierto tiempo prudencial y contando con la preceptiva autorización de un juez, se procedería al desalojo forzoso. Eso sí, siempre con mucho cuidado, porque últimamente a la que a algún policía se nos escapa un golpecito más fuerte ya se nos echan encima hasta nuestros propios jefes. ¡Ah! Además también tendrán un problema con el viejo Amancio... ¿Han puesto la denuncia ya?

—¿Amancio? ¿Denuncia?

—Claro —dijo el cabo Heredia—. Si no hay denuncia no podremos actuar, tanto en un caso como en otro. Lo primero que tienen que hacer es poner una denuncia y a partir de ahí empieza todo el proceso... que puede ser lento, ya sabe. Las cosas de palacio...

—¡Van despacio! ¡Ya sé, ya! —dijo, enfadado, don Florentino, pensando en sí a los cabezas de chorlito de abogados que tenía se les habría ocurrido ya poner las denuncias que correspondía poner. Probablemente no, eran unos incapaces; incapaces que cobraban por hora más que un futbolista de primera y que a lo mejor no se habían enterado todavía de que había una invasión. Habría que telefonar de inmediato.

—Encantado pues de conocerlo, señor Florentino —dijo el cabo Heredia, dándole la mano al constructor y yendo luego de nuevo hacia la barra, donde estaba su compañero de armas.

Iba a levantarse don Florentino cuando vio que entraba por la puerta Julián Fernández que regresaba del pantano. Lo miró con interés.

—¿Y bien, Julián?

—Problemas, don Florentino...

—¿Qué tipo de problemas que aún no conozca?! —bramó el constructor.

—Además de los barbudos que usted ha visto, hay un tipo en Barrea...

—¿Barrea? —preguntó sorprendido don Florentino—. ¿Qué es eso?

—Casas de Barrea es un núcleo que hay junto al pantano, en la zona que se pretende inundar para ampliarlo. Hay que derribar primero las casas para poder trabajar.

—¡Vale, vale, ya me acuerdo! ¡Pero tenía entendido que en esa zona las cuatro casas que había estaban en ruinas y abandonadas!

—Parece ser que no, don Florentino, una de ellas se sostiene y alguien vive ahí desde hace mucho.

—¿Alguien?

—Un tal Amancio Berguillos. Es un hombre ya mayor; de más de sesenta años. Dicen que tiene una mala leche tremenda.

«Amancio», pensó don Florentino, «a eso se refería sin duda el cabo Heredia. Mecachis».

—Bien. Los trabajos tienen que iniciarse sea como sea —dijo—. Diles a los abogados que pongan las correspondientes denuncias si no lo han hecho todavía y ordena a los capataces de mi parte que empiecen a descargar material mañana mismo donde se pueda. Cada día que no se trabaje puede suponer miles de euros en pérdidas.

—Como usted disponga, don Florentino —dijo Julián.

—Y vas a hacer otra cosa, Julián.

—Dígame, don Florentino.

—El lunes irás a la Universidad de Oviedo, a Economía, y hablarás de mi parte con Teófilo Parra, ya sabes quién es, lo has visto varias veces en Madrid. Conoce bien a esos de la CUP y también a un grupo de descerebrados que son de los nuestros y...

—¿De los nuestros? —saltó Julián Fernández, intrigado. No tenía ni idea de qué podían tener en común él y su jefe con unos descerebrados.

—De derechas, digo. Más que de derechas, de FOX y eso... No son de la facultad, claro. Estudiar no va con ellos. Gente que hace culturismo y que va en moto y que no puede ver a los progres ni en pintura. Tienen una empresa de seguridad. Se llaman Cisnes Negros. Que los contrate si es necesario. Dile que se acerque con ellos como quien no quiere la cosa al pantano para meterles miedo a esos ocupas a ver si se van de ahí sin que tengamos que esperar a que la Guardia Civil haga acto de presencia dentro de dos o tres meses.

—Sí, don Florentino, eso haré, don Florentino. Cuente con ello —dijo Julián Fernández con un temblor en la voz que trató de ocultar al constructor.

—Me voy pues para Cimadevilla. Tengo que descansar. ¿Querás volver a Madrid hasta el lunes o prefieres quedarte en Oviedo, Julián?

—Me quedaré, me quedaré, don Florentino; tampoco tengo mucho que hacer en Madrid el fin de semana.

—¡Ah! ¡Qué suerte tenéis los que estáis en nómina! ¡Desconocéis las preocupaciones de los que mandamos! En fin... Te dejaremos en tu hotel, que nos va de paso —dijo don Florentino, levantándose de la mesa.

—¡Qué amable es usted, don Florentino!

—¡Por supuesto que lo soy!

Y Don Florentino, bajo la fea mirada que le lanzó la Carmen y a la que el constructor respondió con un pulgar levantado, Sultán y Julián Fernández, este último con una extraña expresión en la cara,

salieron, por este orden, de la Tasca del Anselmo y se dirigieron hacia donde estaba aparcado el Mercedes del constructor, junto al que Benito Díaz aguardaba pacientemente a que su jefe dispusiera de él.

Es un perro guía.
No veo bien... (Cap. 2)



